

Notas del académico José Antonio Pascual leídas el 24.3.2014 en el Teatro Español, con motivo de la sesión de «Cómicos de la lengua» sobre la *Celestina*.

Segunda parte

Hablábamos antes de un amor que, abandonando la contemplación de la divinidad en forma de mujer, termina mostrando un mundo que discurre por los albañales de una sórdida realidad. Por ella se mueven unas vidas que no parecían dignas de entrar en la literatura; lo que explica que fray Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo, considerara una afrenta el solo hecho de nombrar el libro de la *Celestina*. Es la realidad en que vive enfangada la alcahueta, y con ella sus criadas y los criados de Calisto. En este caos social en que triunfan la inseguridad y el engaño, Melibea es el contraste en que brillan en algunos momentos la razón y la sensualidad. Se trata de un mundo que carece de personajes ejemplares, dominado por la avaricia, la lujuria, los deseos de ostentación. Las personas viles que lo componen no quedan relegadas a un segundo plano, sino que se nos muestran como gentes complejas, fascinantes también, por repulsivas que resulten.

Pero no nos engañemos, pues no se trata solo de un mundo que refleje la realidad en la que vive el escritor, sino que está abierto a esa otra realidad que este encontraba en la literatura. Más que de realismo deberíamos hablar de verosimilitud. Así el halcón tras el que va Calisto por el jardín de Melibea, aventura con la que el primer autor pone en marcha la historia, se toma de una narración tradicional en la que, cuando perseguía a animal fugitivo, el héroe se topa con la heroína.

Esa misma verosimilitud se logra en esas ocasiones en que unos personajes muestran una manera de hablar acorde con su situación social, como ocurrirá después con los seres *despreciables* que se pasean por la *Propalladia* de Bartolomé Torres Naharro o por la *Lozana andaluza* de Francisco Delicado. Por eso Celestina dice para sí, entre dientes, haciendo contrapunto a las lisonjeras palabras con que acaba de premiarle Calisto:

¡Los huesos que yo roí piensa este necio de tu amo de darme a comer! Pues al le sueño; al freír lo verá; dile que cierre la boca y comience a abrir la bolsa; que de las obras dudo, cuanto más de las palabras. ¡So, que te estriego, asna coja. Más habías de madrugar.

O Elicia aparenta unos celos innecesarios de la siguiente manera:

¡Apártateme allá, desabrido, enojoso! ¡Mal provecho te haga lo que comes, tal comida me has dado! ¡Por mi alma, revesar quiero cuanto tengo en el cuerpo de asco de oírte llamar a aquella “gentil”! ¡Mirad quién “gentil”! ¡Jesú, Jesú! ¡Y qué hastío y enojo es ver tu poca vergüenza! ¿A quien “gentil”? ¡Mal me haga Dios si ello lo es o tiene parte dello, sino que hay ojos que de lagaña se agradan! Santiguarme quiero de tu necedad y poco conocimiento ¡Oh quién estoviese de gana para disputar contigo su hermosura y gentileza! ¿Gentil, gentil es Melibea?

Aunque no nos engañemos, estamos ante una lengua deudora también del modo de expresión libresco, pedante incluso, de la comedia latina, en la que sus personajes sobreactúan, como me cumple sobreactuar a mí aquí intentando levantar lo voz todo lo que puedo --¡y bien que me cuesta!-- para llamar la atención de ustedes. El autor de la comedia mantiene una distancia irónica con este procedimiento, cuando el joven amador se refiere a los cabellos de su dama comparándolos con «las madejas del oro delgado que hilan en Arabia», por medio de la degradación sanchopancesca a que Sempronio somete la comparación, tanto como para apuntar a las cerdas de un asno. Rojas se burla de nuevo de esa pedantería con que Calisto se refiere al atardecer, aludiendo al momento en que descansan los caballos de Febo, a través de Sempronio, que espeta al joven pedante: «Dexa, Señor, esos rodeos; dexa essas poesías, que no es habla conveniente la que a todos no es común, la que todos no participan, la que pocos entienden». Ambos autores juegan a construir una lengua artificiosa, por medio de un concienzudo trabajo retórico. Por eso, Juan de Valdés, que ponderó el decoro y la elegancia que guardan en su manera de hablar los personajes en esta obra, reconoce también sus excesos, que no se deben a la casualidad sino al forcejeo de los autores con su estilo de escritura.

Todo ello da lugar a una obra lingüísticamente muy compleja en la que además los personajes, al igual que los siervos de la comedia terenciana, se expresan de una manera muy culta o muy popular, acorde con el asunto del que están hablando. Por eso Calisto no puede tolerar que Celestina se refiera a Melibea con pocos miramientos: «Habla cortés, madre, no digas tal cosa, que dirán estos moços que estás loca. Melibea es mi señora. Melibea es mi dios, Melibea es mi vida. Yo so su cativo, yo so su siervo». A lo que la vieja tercera sabe adaptarse logrando por medio de la repetición destacar a así la figura de Melibea: «Melibea pena por ti más que tú por ella; Melibea te ama y desea ver; Melibea piensa más horas en tu persona que en la suya; Melibea se llama tuya, y esto tiene por título de libertad; y con esto, amansa el huego que más que a ti quema».

Los autores de la *Celestina* no se sirven de los recursos lingüísticos del modo como lo hace un escritor actual. Juegan con un registro alto, desde el que se a atreven a abusar, sin el menor temor, de repeticiones, paralelismos, contrastes, simetrías, similicadencias, o a ese «amontonar de vocablos algunas veces tan fuera de propósito», que tanto disgusta a Juan de Valdés. Podrán gustarnos esos excesos, o no, pero están buscados a propósito.

Voy a terminar. El amor cortés hubiera llevado a los personajes de la *Celestina* a hablar humilde y curialmente. Romper con los fueros de ese amor supone romper también con la uniformidad en el estilo, en una especie de plurilingüismo o, poniéndonos más pedantes, de heterología. Era el cauce adecuado para entender el mundo por el que discurre la vida de los protagonistas de esta obras, tan sórdido, tan brutal, tan sorprendente en todos sus aspectos. Un mundo que — insisto— al que muchos consideraban que la literatura debía vetar, como es el caso de Juan de Lastanosa, a quien medio siglo después de la publicación de la *Celestina*, le parecía que era «cosa justa que los de nuestra nación que son doctos [...] s'empleassen en poner en lengua spañola, no monstruosos encuentros [...] sino cosas de pesso y tomo, sacadas de los antiguos tanto en historia como en artes y ciencias».

Espero que nuestros actores no se hayan asustado con mis palabras y se atrevan a seguir mostrándonos algunos de estos monstruosos encuentros. Tienen ellos ahora la palabra.